

Andrés Gallardo: un escritor criollista

JORGE SANCHEZ VILLARROEL

Andrés Gallardo es un escritor *criollista*. Dicho así, a estas alturas del siglo, considerando las connotaciones negativas del término y sobre el trasfondo de la literatura chilena actual, una afirmación como ésta, si no se aclara debidamente, corre el riesgo de transformarse, incluso, en un insulto para cualquier autor con las palabras bien puestas. Andrés Gallardo es un criollista de tomo y lomo, pero un criollista muy especial: renovador y profundamente actual y, lo que es más importante, lo es literatura adentro.

La debida explicación se funda en asegurar que Gallardo es criollista, no desde un punto de vista tradicional, sino desde una perspectiva creadora, erudita y más intelectualizada que la de sus ilustres antepasados literarios. Sin embargo, esto no lo aclara todo y aun puede quedar flotando en estos juicios una doble connotación negativa comúnmente asociada a los términos “criollismo” y “criollista”.

La primera connotación negativa proviene, inicialmente, de la misma “época criollista” chilena y, posteriormente, de las delimitaciones realizadas por la crítica y la historia literaria sobre la base de las obras y documentos aportados por los propios criollistas y sus adversarios. “Podemos distinguir, en la crítica literaria chilena, dos usos de las palabras *criollista* y *criollismo* —señala Dieter Oelker en “El Criollismo en Chile”, pp. 37-51, *Acta Literaria* 8. (1983)—: uno en sentido restringido, como ‘la creación novela-lesca que se refiere a las costumbres y a la vida del pueblo en el campo’ (Luis Durand, 1947) y que es, sin duda, el que prevalece, y otro en sentido amplio (y programático), como ‘la pintura del hombre de América y de sus

costumbres, clases bajas, medias y altas, de ciudades y campos' (Mariano Latorre, 1953)".

Andrés Gallardo comparte, en principio, ambos sentidos asociados al criollismo literario chileno y continental. De hecho, los dos cuentos que componen esta *Antología* se desarrollan en ambientes rurales y pueblerinos en los que se resaltan los aspectos sociales y las costumbres de sus habitantes. Pero Gallardo va más allá y esta mayor penetración nos excusa de la imputación hecha por Mariano Latorre (en 1955) cuando señala que "desde luego, el crítico sabe que al calificar a un autor de criollista, le resta calidad, lo confina al rincón, a la primitividad del costumbrismo" (citado por Oelker). Resulta obvio que *Historia de la literatura* y *A Chillán se vuelve* no se sitúan cómodamente en el "rincón" asignado por los críticos aludidos por Latorre. En estos cuentos están presentes la ruralidad y la urbanidad costumbrista, pero no como fin en sí mismas, sino como medio, como soporte ambiental de una pluralidad de sentidos que apuntan a los más diversos aspectos de lo cultural; por ejemplo, la literatura, incluso el propio criollismo, deviene materia narrable en *Historia de la literatura*; así como la ciencia y las instituciones lo son en *A Chillán se vuelve*. De esta forma, el criollismo gallardino se percibe como una manera de hacer literatura que se inserta, pero también supera y trasciende sus propios antecedentes, ampliando significativamente el radio de acción acotado por el criollismo tradicional hacia profundas zonas de la psicología, de las actitudes y los mitos culturales de sus personajes y relaciones.

La segunda connotación, también supuestamente negativa, surge del contraste de la narrativa de Gallardo con la generalidad del panorama literario chileno actual, en que destacan las producciones teorizantes, altamente intelectualizadas y metaliterarias. Según esto, señalar que Andrés Gallardo es un escritor criollista sería lo más aproximado a decir que es, en el mejor de los casos, un epígono trasnochado de un estilo pasado de moda. Como se sabe, los *criollistas* se extinguieron, por lo menos, hace cuarenta años (más o menos los mismos que tiene nuestro autor). Pero vaya nuevamente la oportuna explicación: Gallardo es un *criollista actual*, en el amplio y literario sentido de la palabra, es decir, no sólo es actual porque haya iniciado sus publicaciones en esta década, sino que su actualidad, más bien su contemporaneidad, se funda en una actitud ante el quehacer literario concebido como un ejercicio intelectual y artístico asentado en una sólida cultura del idioma, en el conocimiento de la literatura como medio de expresión y en el manejo consciente del lenguaje: todos elementos que definen al creador literario contemporáneo (al respecto cabe señalar, a modo

de información y no de justificación, que Andrés Gallardo es profesor de castellano, doctor en lingüística y docente de nuestra Universidad).

¿Cuál es entonces el carácter distintivo del criollismo de Gallardo? Su narrativa pertenece a un tipo que podríamos denominar *criollismo lúdico y cultural*. Lúdico, porque se concibe como un juego *en y con* la tradición literaria chilena: ironiza y, a la vez, hace materia narrable al propio criollismo, transformándose en su continuador. Cultural, porque penetra la superficie oleográfica del costumbrismo tradicional, ingresando en las más íntimas esferas de lo social y lo mítico. Todo ello bajo la aparente simplicidad de una prosa liviana, de justa extensión y con un sabor reconocible como nuestra.

La presente muestra antológica recoge dos narraciones bastante representativas de la literatura de Andrés Gallardo: *Historia de la literatura* pertenece al volumen *Historia de la literatura y otros cuentos* (Concepción, Impresos Andalién, 1982) y *A Chillán se vuelve* nos lo ofrece por primera vez.

Mucho más podría nuestra imaginación crítica inducirnos a escribir acerca de Andrés Gallardo, lo importante es que él nos siga escribiendo a nosotros.